Marcel Detienne

CÓMO SER AUTÓCTONO DEL PURO ATENIENSE AL FRANCÉS DE RAIGAMBRE

Advertencia de la traductora*

“FRANCÉS DE RAIGAMBRE” (*français raciné*) es un concepto creado por el autor para aludir a la construcción por parte de Francia de sus propias raíces. La necesidad de esta construcción es sostenida por historiadores como Braudel. Detienne señala diferencias entre las ideas de este historiador y las de la extrema derecha. Con todo, que esta última las haga suyas evidencia que conceptos como “raigambre” o “francés de raigambre” pueden deslizarse fácilmente hacia el de “francés de cepa” (de *souche*), que, dicho rápidamente, excluye todo lo que no es francés. Considerando lo anterior, traducimos “*français raciné*” con “francés de raigambre”, que nos pareció mejor que “francés de raíz”, ya que el sentido de este último concepto tendía a confundirse con el de cepa, origen. “Francés arraigado”, que era otra posibilidad, nos pareció una expresión que no traduce totalmente el concepto de “*français raciné*”.

)))

¿De qué se trata?

Ante todo, es una cuestión de entonación. Si entonamos con un leve dejo interrogativo: ¿cómo ser autóctono?, es fácil expresar la sorpresa del viajero, la perplejidad del nómada, tan familiar en cada etapa del descubrimiento de una tierra. Pero el tono puede variar. “Cómo ser autóctono”, instrucciones de uso. Un breve tratado que comenzaría así: Dígame, ¿qué es usted en realidad? ¿Indígena, nativo, aborígen con el

* La traducción ha sido realizada por Sandra Garzonio.

oído ejercitado desde Australia para escuchar crecer un árbol? ¿Es usted autóctono? A veces parece griego, e incluso demasiado griego para mi gusto, con una suerte de énfasis en el “nacido de la tierra misma”, un Auto-Mismo para helenistas de antaño. ¿Y bien, usted es...? ¿Y cómo le sucedió? ¿Un buen día? ¿Con buen tiempo? ¡Oh! ¡De nacimiento! ¡Diablos!

Entre una entonación y otra, ya está ahí el recorrido danzarín de un barquero que no aprecia demasiado el aliento del francés de origen ni las poses del puro ateniense en los orígenes de su Occidente. Me gusta cada vez más ser “foráneo” en todas partes, de una orilla a otra del Atlántico, de nuevo. Nada es más divertido que observar perezosamente las maneras fantasiosas de decirse de la mejor cosecha, de raíz, de pura autoctonía o de origen, con la fuerza mineral que tiene eso que los ingleses llaman *stock*.

En primer lugar, comencé por encontrar francamente ridícula la arrogancia de esos atenienses que se jactan de ser los únicos autóctonos, en medio de otros griegos que tienen las mejores razones del mundo para reír a carcajadas de la “gran antigüedad” de estos recién llegados de Atenas. Algo más tarde, tornado comparatista, que no bautista, me pregunté cómo se forjaba eso, un Primer Nacido de la Tierra, sin perder de vista otras pequeñas y simpáticas mitologías del Primer Viviente de un lugar, Argos o Cos, o bien la región kasena, en Burkina Faso, aquí nomás, al lado. ¿Cómo no ser sensible – conservando siempre mi credencial de helenista– al anuncio reiterado de esos grandes incendios forestales entre la Europa de ayer y la de hoy, ocasionados por “mitologías nacionales”, como se decía? Sí, en nuestras pantallas, Naciones incomparables instaladas en su singularidad aparente. ¿Cómo? ¿Por qué?

Pero todavía faltaba más. Hasta hace unos diez años, y ya bautizado “comparatista” dentro de un club muy pequeño, yo seguía considerando las mitideologías de mi lejana infancia tan frías y aburridas como una oración fúnebre a la hora del almuerzo, ya fueran los discursos de Barrès sobre “La Tierra y los Muertos”, ya apareciesen en las imágenes sulpicianas de una Tierra Matrona que lleva en brazos a su pequeño primer ateniense. Hasta el día en que, bendito sea Dios, participando en una exploración en compañía de etnólogos y de historiadores –sí, de historiadores–, en un rincón del Amazonas muy conocido por los nativos del Barrio Latino, vi surgir a indios de la selva, hoy seguramente catalogados de “autéctonos”, guayaquíes, yanomanis, que se proclamaban “los Hombres” sólo a sí mismos, por el hecho de ser cazadores guerreros y agresivos.

¿Cuál es la novedad?, se me preguntará. Cazando, ellos recorrían un territorio absolutamente suyo, y no sentían necesidad alguna de tener un lugar fijo, un rincón tranquilo donde asentarse; ningún “santuario de los ancestros”, por ejemplo. Odiaban ferozmente a sus

semejantes no bien éstos morían, rompían los objetos familiares de los difuntos, destruían todo aquello que podía traerles su recuerdo, pisoteaban cráneos y huesos: llegaban, incluso, a evacuar los nombres de los muertos, a expulsarlos de la lista disponible para otros vivos.

En consecuencia, nativos, diríamos nosotros, con su tierra, pero libres de los lazos que parecen tan naturales e indispensables a cualquier buen indígena de los tiempos indoeuropeos en las pinturas devotas de Fustel de Coulanges. Ni muertos, ni ancestros, ni raíces ocultas. Esa gente del Amazonas no dejaba de inventar lugares efímeros donde un día se casaban y otro día celebraban una fiesta o una pequeña victoria. Eran así: sin deseo de anclaje. Ningún respiro para su movilidad de “¡Nosotros, los Hombres!”.

Nacer de la tierra, crecer en la tierra misma, un cementerio, muertos y todo lo demás, súbitamente, se volvía exótico, muy singular. “La Tierra y los Muertos” de Barrès o de Le Pen-en-el-Hexágono* ya no se perdía en el sangriento gris de los nacionalismos serbios o germánicos. Aparecían rasgos distintos, surgían formas específicas. Me parecía percibir orientaciones confrontadas. ¿Gracias al comparatismo? Seguramente, pues para saber “cómo ser autóctono” y descubrir sus instrucciones de uso, en primer lugar era conveniente desplazarse, adquirir la movilidad de un yanomani, ir a la caza de la mejor presa para comparatistas: las formas de disonancia. Era fácil: bastaba con procurarse el mapa del mundo. Sí, el mapa de todas las culturas conocidas y cognoscibles. Sin olvidar cada mañana de mirar con desdén a los aduaneros de servicio de nuestras amadas disciplinas, ni de burlarse alegremente de los Ujieres de la Historia y de los Guardianes de la Etnografía.

Es sabido desde hace mucho tiempo: una de las características de la especie humana es inventar incesantemente prácticas, ceremonias, técnicas, representaciones de todo tipo que hacen cultura, en el sentido más libre, cosas que se transmiten o se olvidan; ciertos días parecen transformar el mundo; a veces, una sola noche alcanza para aniquilarlas. Constatación irreprochable: miles de experiencias se han realizado en el pasado más lejano o se hacen en el presente cercano y de otros lugares. Puedo proyectarlas en mi pantalla, muy a menudo con la ayuda de los observadores del Hombre, ya sean historiadores o etnólogos, dispuestos a jugar al “comparatismo experimental y constructivo”. Un juego apasionante e instructivo al mismo tiempo. No puedo dejar de recomendarlo. Por ejemplo, “cómo ser autóctono” en el Israel contemporáneo, en la Padania de los lombardos, en la Francia de Braudel, en el Camerún que hoy está al sur del Sahara, en el Japón a

* *L'Hexagone*, en francés. Esta palabra, utilizada sobre todo en el capítulo “Grandeza del francés de raigambre”, es una manera corriente de aludir a Francia a causa de la forma de su territorio. [N. de la T.]

partir de la Segunda Guerra Mundial, con bomba H de Hiroshima, o entre los antiguos, nuestros queridos antiguos.

¡Por todos los dioses! Comparar, no. No es buscar homologías ni soñar con descubrir quién sabe qué morfología con miras a establecer una ley de la autoctonía ante la mirada admirativa de las ciencias humanas. No se vaya a creer, comparar, es ante todo comenzar a hacerse preguntas. ¿“Ser autóctono”, dice usted?

Sugiero una hipótesis poco costosa: ¿no sería la autoctonía una manera de “marcar territorio”? Una fórmula que es fácil captar con una pizca de ecología. Todo animal, sin ser un Felipe Augusto, configura el rincón de espacio que necesita, ordena el terreno que es su campo vital. Lo hace suyo con sus olores, marcas que destina a sus vecinos y que son el preludio de ceremonias íntimas o agresivas. En resumidas cuentas, nada más trivial para un ser viviente que *hacerse su madriguera*, su territorio inmediato. Lo demás viene solo.

Los vivos contrastes, las disonancias con sus ricos armónicos –como lo he profesado– son esenciales para comprender y comparar tomando el horizonte sin límites de todas las culturas que tuvieron que hacerse su madriguera, elegir entre considerarse de origen o no tener otro suelo que no sea movedizo, siempre transcurriendo bajo el cuerpo en marcha, o jactarse incluso de haber nacido de una sangre impura de su misma tierra. Y otras tantas orientaciones que es posible experimentar a lo largo del mundo.

Por ahora, todo consiste en pasear muy libremente entre algunas culturas para ver una y otra vez las extrañas y múltiples maneras de decirse de un lugar o de un no-lugar, de afirmarse con arrogancia de sangre depurada, ¿quién sabe? De sacralizar, un buen día, una tierra denominada prometida por un pequeño dios de la tribu, enloquecido por sí mismo, con grave perjuicio para un puñado de nómades. Como por casualidad, he seguido el paseo entre nuestros griegos –con quienes, en otros tiempos, quise “hacer antropología”– y contemporáneos que parecen tan felices de creer que nuestra historia comienza con la Grecia de siempre. Un seguimiento familiar que brinda el placer de situar el “nacer impuro” en la casa de Cadmo ante la bella autoctonía ateniense, mientras se descubre hasta qué punto la obsesión por la sangre depurada de la vieja Francia alterna amablemente con la satisfacción del hermoso arraigado de ayer y de hoy en el Hexágono de posguerra.

No podría ocultar por más tiempo al lector atento que estas idas y vueltas entre modos confrontados de decirse autóctono o pretenderse “de origen” llevan, en el corto plazo, a una investigación comparativa más amplia y por ende colectiva, acerca de otro “cómo”: “cómo *desnacionalizar* las historias nacionales”. En Europa y en otras partes.

Junio de 2002,
en el corazón de la recesión,
bajo las palmeras de Stanford.

)))

Una autoctonía de inmaculada concepción: nuestros atenienses (fragmento)

¿Cuántas veces Eurípides fue a escuchar la oración fúnebre pronunciada en el Cerámico ante los muertos por Ella? ¿Desde cuándo adquirió la costumbre de ir a tomar unos tragos con sus amigos al Flore o al Ritz del barrio? Alrededor del año 465 antes de nuestra era se instituye la oración fúnebre, con sus elogios solemnes, sus tópicos ya listos para ser proclamadas por un pontífice, elegido con cuidado entre los notables del grupo. Eurípides tiene 20 años. Un esfuerzo más, papirólogos de todas las naciones, y quizás podamos leer fragmentos de su famosa tragedia *Iré a escupir sobre vuestras tumbas*; el título aún da lugar a vivos debates. Un escolar de Fayoum seguramente copió varios de sus parlamentos bajo la mirada de su maestro de escritura, esperando con impaciencia el término de un castigo demasiado severo. Después arrojó el papiro abollado al cesto, y ese fin de semana ya estaba en la arena-basura. Y, ¿quién sabe?, quizás un día lo tengamos nosotros. Por suerte, Eurípides ya nos dice bastante: dos tragedias, *Ion* y *Erecteo*, llenas de ironía por la cosa autóctona, llenas de humor ante el puro ateniense de origen.

Somos los verdaderos autóctonos

¿Cómo bosquejan, unos tras otros, los Bossuet del Cementerio Nacional el retrato de pie de la preciosa identidad ateniense? Con tres pinceladas, las mismas durante todo un siglo, mitad oro, mitad plata. Primer trazo: nosotros somos los autóctonos, nacidos de la tierra misma desde donde hablamos. Somos los verdaderos autóctonos, nacidos de una tierra cuyos habitantes han sido los mismos desde los orígenes, sin discontinuidad. Una tierra que nuestros ancestros nos han transmitido.

Segundo trazo: ¿los otros? Los otros, todos los otros citados, son inmigrantes, extranjeros, gente venida de fuera; y evidentemente sus descendientes son “metecos”, en el sentido ateniense que, sin ser

elogioso, no es el mismo que el francés: residentes extranjeros. Entonces, dejémoslo en claro: fuera de Atenas no hay más que ciudades compuestas, ciudades con mezclas de todos los orígenes. Sólo los atenienses son autóctonos puros, puros “sin mezcla”, sin aleación de no-autóctonos. Seamos más precisos, queridos Oradores, “sin mezcla” es un giro, es un color elegido por Aspasia, la esposa extranjera de Pericles, la Aspasia que compone un elogio fúnebre, el *Menéxeno*, para Sócrates, que estaba de paso por su salón. En forma de pastiche y más verdadero que los discursos pronunciados de manera ritual antes y después de Platón. ¿Qué dice la bella voz de Aspasia? “Nuestra ciudad siente un odio puro (*katharós*), sin mezcla, por la raza extranjera.”¹ ¿Ficción de un diálogo de Platón? Claro, pero dice claramente aquello que los Oradores en uniforme de gala se limitan a susurrar.

Tercera pincelada en el retrato de la autoctonía: los muertos del año. ¡Atención! Los muertos en la guerra, como obliga el cementerio “nacional”, son confiados a la tierra. Como recordamos, nuestros Ancestros, por habitar y vivir desde siempre en su madre patria, fueron nutridos por la Tierra. Así, permitieron que sus hijos descansan al morir en los lugares familiares de aquella que los trajo al mundo y los ha amamantado. ¡Bello! Aplausos sin distinción de sexos.

Manejar el pincel de artista de elogio fúnebre nada tiene que ver con la caligrafía de los maestros chinos o japoneses. Nos las vemos con sólidos Pompieris, verdaderos Prix de Rome, Académicos de ley. ¿No se les paga para que en cada varón ateniense, en cada mujer ateniense (volveré sobre esto) crezca el sentimiento de nación, quiero decir – pero, para el caso, es lo mismo–, de la ciudad, esa Atenas que no se parece a ninguna otra, tan maravillosamente igual a sí misma? Sócrates-Platón no escatima elogios sobre el talento de los Oradores en los servicios fúnebres: “Celebran la ciudad de todas las maneras; los muertos de la guerra, todos los ancestros que nos han precedido, y nosotros mismos, que todavía vivimos, somos glorificados por ellos, de manera tal, Menéxeno, que en lo que a mí se refiere, siento ante sus elogios las disposiciones más nobles”. Sí, encantan nuestras almas. Permanecemos hechizados, instantáneamente nos figuramos que nos volvimos más grandes, más nobles y más bellos. Los extranjeros, los aliados de los atenienses invitados a esta gran ocasión, ya no pueden mirar a Sócrates o a cualquier ateniense de origen (agréguese el femenino) como antes: “A sus ojos, inmediatamente adquiero más dignidad”. Tres días más tarde, Sócrates aún no ha vuelto a bajar a tierra. Buena jugada.²

¹ *Menéxeno*, 245d.

² *Menéxeno*, 235a-b. Bajo la mirada de Aspasia, en Sócrates-Platón, todo lo demás es insípido, ¡soy testigo, lamentablemente!

He aquí las ideas centrales de la ideología para la Autoctonía ateniense. Es el aspecto “discurso oficial” de esta pequeña mitideología de nuestros griegos, que nunca terminan de habitarnos, a lo largo de nuestras historias nacionales, en Francia y en Alemania, desde el siglo XIX hasta hoy; volveremos sobre esto. En una mitideología, mitos y discursos se entrelazan, en particular los mitos sobre el Primer Nacido, Erictonio, el muy terreno, alma de la autoctonía, y las narraciones de la pequeña mitología que recorre las laderas de la Acrópolis, dioses confrontados, indígenas cuando no aborígenes locales. El árbol de mitos es lujurioso, siempre que la enredadera no lo ahogue; y la ideología oficial requiere sólo una gran narración; Platón sabe esto tan bien como otros, que nacieron fiscales.